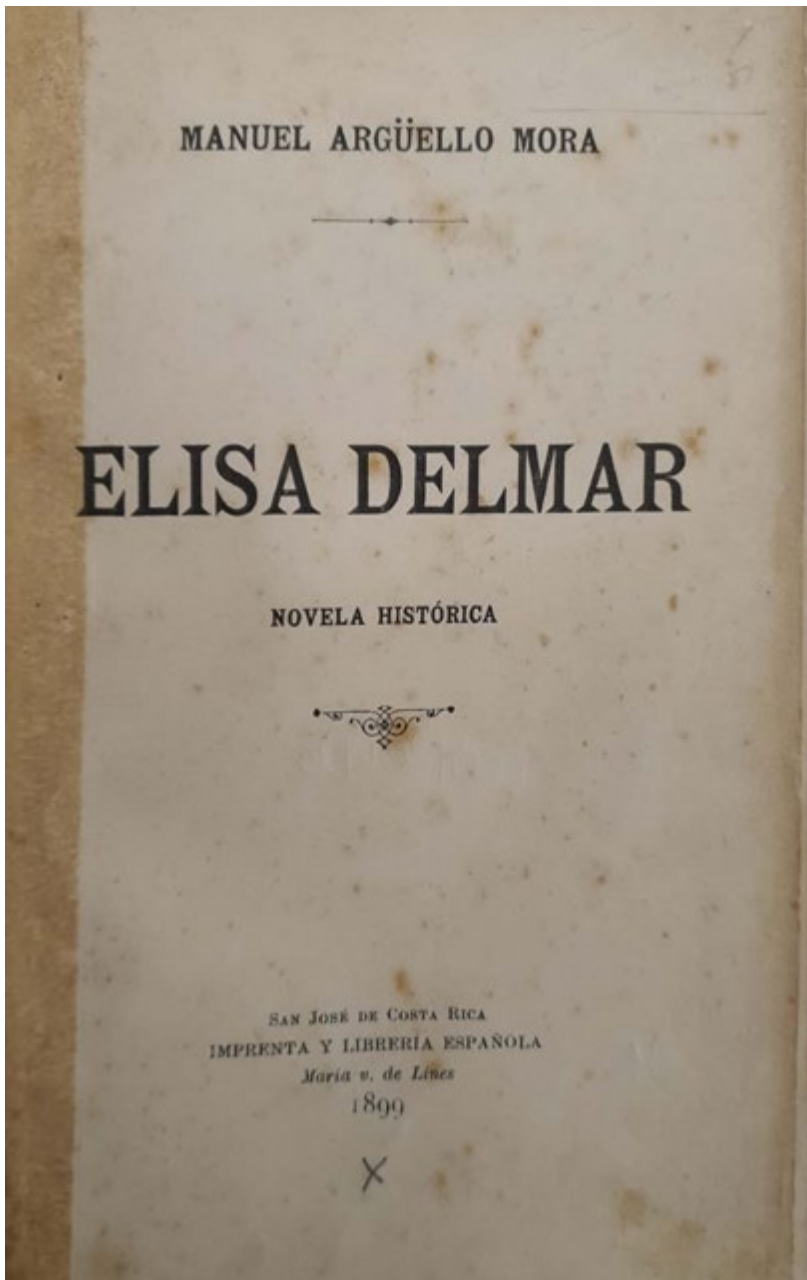


Manuel Argüello Mora



Como no fue posible que la preciosa vida de su padre se salvara, Elisa Delmar cumplió la promesa formulada ante el hombre que supo amarla como ella sola se merecía. Una pálida y bella Hermana de la Caridad rezó muchas veces por el alma del general Cañas. La suave hermana fue vista, de rodillas, frente a la cruz de madera que señalara, en la orilla del mar bravío, la tumba de aquel hombre de alma, tan indómita como ese mismo mar.

Deliciosamente delineada, entre otras, en esta pequeña novela, la encantadora figura de la protagonista.

Fruto de uno de los múltiples amores relámpagos del valiente general José María Cañas, Elisa tiene como madre a una chiricana despierta y graciosa quien se encontró con el héroe en una de las siempre alegres fiestas de la calurosa ciudad de Esparta. Admirable el padre, adorable la madre, simpática la hija de aquel idilio violento.

Cuando Mora y Cañas volvieron del destierro en busca de la libertad de la patria o de la propia muerte, Elisa, en el futuro inmediato de su padre, adivinó tristezas indecibles. No se equivocó la guapa protagonista. Para conservar la preciosa vida del padre adorado, valiente defensor de Costa Rica, tuvo la osadía de vestir uniforme y engancharse como elemento voluntario en el ejército nacional. El héroe, siempre confiado en su magnífica estrella, no paró mientes en los peligros que su hija avizoraba. Aquel generoso corazón creía que eran también de oro las almas de quienes tanta gratitud debía sentir hacia él por los servicios inmensos prestados a la Patria.

Cayeron Mora y Cañas, fusilados por las mismas armas que ellos supieron conducir, de triunfo en triunfo, por las ardientes llanuras del norte. Allí mismo, en donde como jalones evocadores del coraje sin segundo de los costarricenses, surgen los sagrados nombres de tantos campos de batalla.